

# **El lugar invisible y el estado del alma después de la muerte**

Henri ROSSIER

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

|  |           |
|--|-----------|
| <b>1 - ¿Por qué tantos conceptos erróneos?</b> . . . . .   | <b>3</b>  |
| <b>2 - El olvido de la resurrección de los muertos</b> . . . . .   | <b>3</b>  |
| <b>3 - Cuando la resurrección es ignorada, y se privilegia el estado del alma después de la muerte</b> . . . . . | <b>4</b>  |
| <b>4 - Un estado intermedio</b> . . . . .  | <b>5</b>  |
| <b>5 - La «muerte» como sueño para el cristiano</b> . . . . .  | <b>5</b>  |
| 5.1 - Para el cristiano, la muerte del cuerpo se llama sueño . . . . .   | 5         |
| 5.2. La palabra «muerte» se utiliza especialmente para el Señor Jesús . . .                                      | 6         |
| 5.3 - Certeza de la resurrección . . . . .   | 6         |
| 5.4 - Estar con Cristo, vivir es Cristo . . . . .  | 7         |
| 5.5 - El alma separada del cuerpo no es todavía un estado de perfección .  | 7         |
| <b>6 - Seol, hades, paraíso</b> . . . . .  | <b>8</b>  |
| <b>7 - El paraíso y el tercer cielo</b> . . . . .  | <b>9</b>  |
| <b>8 - El paraíso no es la gloria</b> . . . . .  | <b>9</b>  |
| <b>9 - Reconocer a los que hemos conocido y que han muerto</b> . . . . .   | <b>10</b> |
| <b>10 - Lo más importante en el cielo</b> . . . . .  | <b>10</b> |

## 1 - ¿Por qué tantos conceptos erróneos?

Apenas sería necesario escribir sobre este tema, si no hubiera sido distorsionado por aquellos que deben poner ante las almas la enseñanza de la Palabra. El error de estos maestros se debe, en primer lugar, a que han perdido la convicción de la autoridad de las Escrituras, y la sustituyen por los productos de su imaginación. «Si alguien enseña algo distinto», dice el apóstol, «y no está de acuerdo con estas sanas palabras, las de nuestro Señor Jesucristo, y con la piedad que es según la enseñanza, está hinchado de orgullo, nada sabe, sino que delira acerca de cuestiones y disputas de palabras...» (1 Tim. 6:3-4). La Palabra de Dios trata estas elucubraciones como se merecen: son, dice: «diferente doctrina», «fábulas profanas» que solo son cuentos de viejas (1 Tim. 1:3; 4:7; 2 Pe. 1:16).

No nos extrañemos, pues, de las aberraciones de estos hombres, cuando nos hablan del sueño del alma después de la muerte, o de su desarrollo gradual después de haber abandonado el cuerpo, o de su paso de esfera en esfera hasta su perfección final, idea muy querida por los librepensadores universalistas: cuando nos hablan de que las almas encuentran en el más allá los afectos y las ocupaciones de este mundo, de la aniquilación de las almas de los malvados, etc. Es inútil agotar la lista de estos ensueños; no son producto del cristianismo; y, por desgracia, no podemos suponer que quienes los propagan reconozcan su ignorancia. Nuestro deseo es simplemente fortalecer a los queridos hijos de Dios en las cosas que una vez aprendieron sobre este tema.

La incredulidad en la inspiración divina de la Palabra de Dios está, como hemos dicho, en la raíz de todas estas locuras. Son parte de la apostasía, predicha por esta misma Palabra, y cuyo desarrollo final está próximo. Por lo tanto, es importante que los hijos de Dios, que por ignorancia o por una confianza equivocada en los que les enseñan están dispuestos a dar oídos a estas falsas palabras, las prueben con las Escrituras.

## 2 - El olvido de la resurrección de los muertos

Un hecho explica hasta cierto punto la disposición, incluso entre los cristianos, a aceptar estos ensueños. La gran verdad de la resurrección de los muertos es, si no ignorada, al menos dejada por ellos en un lamentable olvido. Esta «primera resurrección» es contemporánea a la venida del Señor para arrebatarse a sus santos a sí

mismo (1 Cor. 15:51-55; 1 Tes. 4:15-18). La resurrección de los muertos, la verdad central del cristianismo, no es más que una resurrección del cuerpo. Consiste en tres actos, primero, la resurrección de Cristo, las primicias de los que duermen, segundo, la resurrección de todos los santos en su venida (1 Cor. 15:20-23), y tercero, la resurrección de los mártires del Apocalipsis, antes del reinado milenar de Cristo (Apoc. 20:4-6). Estos tres actos se denominan «la primera resurrección», y «la resurrección de entre los muertos». La resurrección de los muertos, de los hombres que no han creído, no tendrá lugar hasta después del reino de los mil años (Apoc. 20:5), en vista del juicio final, por lo que no se llama segunda resurrección, sino segunda muerte (Apoc. 20:11-15).

Mientras esperan la venida del Señor, se considera que los cristianos han muerto y resucitado con Cristo en virtud de su unión con él a través del Espíritu Santo (Col. 2:20; 3:4).

### **3 - Cuando la resurrección es ignorada, y se privilegia el estado del alma después de la muerte**

Al no dar a la resurrección de los muertos el lugar que le corresponde, la mayoría de los cristianos han llegado a atribuir una importancia primordial al estado del alma después de la muerte, y ya no ven en la resurrección de los santos la gran verdad cristiana. Decimos cristiano, porque el Antiguo Testamento hace poca distinción entre ambos. Ve el futuro en términos de las bendiciones terrenales traídas por el Mesías. Esto explica un poco cómo la herejía de los saduceos pudo subsistir junto a la ortodoxia de los fariseos. No es que fuera excusable, pues el Señor les dijo, citando Éxodo 3:6: «Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios... Dios no es el Dios de muertos, sino de los que viven» (Mat. 22:29; Lucas 20:38). Ya en la antigüedad, Job estaba convencido de la resurrección de su cuerpo. «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; Al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro» (Job 19:25-27). Del mismo modo, encontramos en Daniel 12:13: «Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días».

En cuanto al Nuevo Testamento, es fácil demostrar que está lleno de esta verdad. Resulta del hecho de que el Salvador «abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la incorruptibilidad por el evangelio» (2 Tim. 1:10). Introduce esa condición de vida

eterna que sitúa el alma y el cuerpo más allá de la muerte y su poder. La incorruptibilidad se realizó plenamente en él, pues Dios no permitió que su carne viera la corrupción (Hec. 2:31); pero, si nuestro propio cuerpo «se siembra en corrupción», resucita «en incorrupción», pues «sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles» (1 Cor. 15:42, 52).

La resurrección es, pues, el estado final del cristiano. La resurrección de entre los muertos fue inaugurada por Cristo, que es él mismo las primicias, y es nuestra porción asegurada, en virtud de nuestra unión con él.

## 4 - Un estado intermedio

El estado del alma después de la muerte es, por tanto, solo un estado intermedio, de altísimo valor para el cristiano, pero no obstante transitorio y no definitivo. Por eso la Escritura habla relativamente poco de él, mientras nos informa de las bendiciones que este estado conlleva. No olvidemos, en primer lugar, que una de estas bendiciones, la vida eterna, es común a todas las fases de la existencia del cristiano. Como hombre de aquí abajo, tiene vida eterna; como alma, separada del cuerpo, disfruta de esa misma vida en una nueva esfera; como hombre resucitado o transmutado, la poseerá y disfrutará en la gloria.

## 5 - La «muerte» como sueño para el cristiano

### 5.1 - Para el cristiano, la muerte del cuerpo se llama sueño

El estado intermedio del que hablamos se compone de dos elementos. El cuerpo muere, el alma vive. Para el cristiano, la muerte del cuerpo se llama sueño. El Antiguo Testamento utiliza constantemente esta palabra para expresar la muerte. «Durmí con sus padres» es el término habitual para la muerte de los reyes buenos o malos en Israel (véase 1 Reyes 16:28; 2 Reyes 14:22; 2 Crón. 26:2). En el Nuevo Testamento, mientras que la palabra morir, muerte, suele caracterizar a los incrédulos, la palabra dormir, dormirse, se utiliza ahora solo para los creyentes. El Señor dijo a sus discípulos: «Lázaro duerme», y si luego añade: «Lázaro ha muerto», es porque no entendieron sus palabras. Este mismo pasaje demuestra que el sueño no significa el sueño del alma, sino la muerte del cuerpo.

## 5.2. La palabra «muerte» se utiliza especialmente para el Señor Jesús

Es notable que mientras el Nuevo Testamento usa la palabra muerte muy excepcionalmente para el desalojo de los cristianos, la misma palabra se aplica continuamente al Señor mismo, porque él tomó sobre sí la muerte que nos correspondía, para cancelarla. «Murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras» (1 Cor. 15:3). «Murió por todos» (2 Cor. 5:14-15) (véase también Juan 12:24, 33; 18:32; Rom. 5:6, 8, 10; 8:34; 1 Cor. 11:26; 1 Tes. 5:10; Hebr. 2:9). «Por medio de la muerte, redujo a impotencia a aquel que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebr. 2:14). Al entrar en la muerte, la anuló (2 Tim. 1:10). Ahora bien, estuvo muerto... y tiene «las llaves de la muerte y del hades», es decir, el lugar invisible donde van las almas después de la muerte (Apoc. 1:18). Ni el hades ni la muerte pueden retener ya nuestras almas ni nuestros cuerpos. Por desgracia, a los que no han creído se les sigue llamando muertos. Lo que les espera a los hombres es «morir una vez, y después de esto el juicio» (Hebr. 9:27). «Los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años» (Apoc. 20:5). «Vi a los muertos, grandes y pequeños, en pie delante del trono» (Apoc. 20:12, véase también: 1 Cor. 15:22; Rom. 5:12, 17; 6:23).

## 5.3 - Certeza de la resurrección

No se dice que el creyente muera, sino que se duerma (1 Tes. 4:13-15; Mat. 27:52; Juan 11:11-12; 1 Cor. 11:30; 15:20, 51). ¿Podemos hablar de la muerte de un hombre que, tal vez, en el momento que lo bajen a la fosa, saldrá brillando con vida? Sin duda, desde la muerte del primer creyente en la tierra, miríadas de muertos en Cristo han estado esperando el momento en que sus almas se reunirán con sus cuerpos resucitados. Pero ni para ellos ni para nosotros, los que esperamos al Señor, hay demora, porque sabemos la causa: Dios espera pacientemente, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento (2 Pe. 3:9). Que nuestros cuerpos caigan en el polvo, que ese polvo se esparza a los cuatro vientos del cielo, nada impedirá que el Creador del cielo y de la tierra lo encuentre y lo forme en cuerpos gloriosos en un abrir y cerrar de ojos, de los que se dice: «Sabemos que si nuestra casa terrenal, esta tienda de campaña, es destruida, tenemos un edificio de Dios, una casa no hecha con manos, eterna en los cielos» (2 Cor. 5:1).

El sueño es, pues, el término utilizado para la muerte del cristiano, en lo que res-

pecta a su cuerpo. Saldrá de este sueño en la resurrección, con un cuerpo glorioso y semejante al de Cristo, para verle tal como es y estar siempre con Él. El creyente nunca entrará en juicio, mientras que el incrédulo será resucitado para comparecer inmediatamente ante el gran trono blanco donde será juzgado (Apoc. 20:11-15).

## 5.4 - Estar con Cristo, vivir es Cristo

Si el cristiano se ha dormido, si es despojado temporalmente de su morada terrenal, que no es más que una carpa, ¿qué le ocurre a su alma cuando es desalojada? La Palabra es lo más clara posible sobre este tema. El alma está con Cristo. «Tengo el deseo de partir y estar con Cristo», dice el apóstol, «lo cual es mucho mejor» (Fil. 1:23). Nuevamente dice: «Preferimos mejor ausentarnos del cuerpo y estar presentes con el Señor» (2 Cor. 5:8), aunque no desea ser despojado de su cuerpo mortal, sino revestido de uno glorioso, «para que lo mortal sea absorbido por la vida» (2 Cor. 5:4-8). ¡Una perspectiva feliz! Llena de paz a aquellos cristianos mayores que han crecido en el conocimiento del Señor, que han disfrutado de su comunión a lo largo de su vida, y cuyo lema ha sido: «Vivir es Cristo». Anima, sostiene y alegría a las almas que son jóvenes en la fe y que, sin mucha experiencia, se confían como corderos a los brazos del buen Pastor. Pero, por otra parte, ¡qué angustiosa es esta perspectiva para quienes, siendo hijos de Dios, han vivido con el mundo y para él, sin comprender que su única tarea era vivir para el Señor!

## 5.5 - El alma separada del cuerpo no es todavía un estado de perfección

Estar con Cristo, entonces, es la primera, la suprema bendición del alma del cristiano separada de su cuerpo. Cristo es ahora su único objeto. Nada se interpone entre ella y su Salvador; la comunión con Él, tan fácilmente destruida aquí abajo, es ahora ininterrumpida. Pero esta no es todavía la perfección que solo puede alcanzarse con la resurrección de entre los muertos (Fil. 3:11, 12). Ningún creyente llegará a ella aislado o por delante de los demás, sino que todos entrarán juntos. Hablando de los creyentes de la antigua alianza, el apóstol dice que «no alcanzaron la promesa, habiendo previsto Dios algo mejor para nosotros; para que no lleguen a la perfección sin nosotros» (Hebr. 11:39-40). Y la perfección consiste en alcanzar, por medio de la resurrección de los muertos, la misma gloria de Cristo, para ser «semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3:2). Este no es el estado del alma después

de la muerte, pero lo que sí sabemos es que está con Cristo.

¿Nos basta con eso cuando pensamos en la posibilidad de la muerte? ¿Necesitamos algo más? ¿Queríamos sustituir la suprema bendición de estar con él por las miserables elucubraciones que nos alimentan? Si les damos oídos, es porque el Señor no tiene en nuestro corazón el lugar que debería tener, porque no hemos realizado las palabras: «Para mí vivir es Cristo».

## 6 - Seol, hades, paraíso

«En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43). Estas palabras al malhechor convertido nos llevan al lugar donde se encuentran las almas después de la muerte. En el Antiguo Testamento, este lugar se incluye en el término muy vago de seol o lugar invisible, sin distinguir entre el lugar donde van las almas de los bienaventurados y las de los réprobos. Esta vaguedad se explica por el carácter de las promesas hechas a Israel, en vista de una gloria terrenal y no celestial e invisible. Cuando Jesús aparece en la tierra, su misma presencia es la revelación de cosas invisibles. En un momento dado se le ve descorriendo el velo que ocultaba el seol (o hades), el lugar al que van las almas después de la muerte. Muestra en una parábola que algunas almas son consoladas en un lugar de descanso y deleite, y habla del seno de Abraham como el mejor lugar que un judío podría desear. Este lugar es para nosotros el seno de Jesús, ya que, habiendo terminado su obra, fue a sentarse en los lugares más altos. En la misma parábola, el Señor muestra que las almas de los que recibieron sus «bienes en su vida» están en un lugar de tormento, en el hades. Finalmente, muestra que no hay comunicación posible entre estas dos regiones, y que el destino de los que están allí está irremediabilmente fijado (Lucas 16). No se trata, pues, de un desarrollo gradual, del paso de una esfera a otra superior. La Palabra destruye estas insensatas teorías con una sola palabra. Además de todo esto, dice: «entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan; ni tampoco pueden pasar de allí a nosotros» (v. 26).

## 7 - El paraíso y el tercer cielo

En la cruz, donde se realiza la expiación, el Señor ya no presenta el lugar invisible en forma de parábola. Lo abre en todo su esplendor a los ojos del pobre malhechor convertido: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». El paraíso es el tercer cielo, al que corresponde en figura el lugar santísimo del templo, porque el templo estaba dividido en tres partes, el atrio, el lugar santo y el lugar santísimo. No hay un cuarto cielo, es decir, el paraíso es lo más alto, el cielo de Dios, «el paraíso de Dios» ([Apoc. 2:7](#)). Fue allí donde Pablo fue recogido. ¿Cómo? Solo Dios lo sabía, pero Pablo estaba seguro de que podía haber estado allí como alma separada del cuerpo, así como en el cuerpo. «Conozco», dice, «a un hombre en Cristo, que hace catorce años –si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre –si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que no le es permitido al hombre expresar» ([2 Cor. 12:2-4](#)). En este estado el apóstol era como los discípulos en el monte santo, en que solo había oído y no visto, pero era más que la voz del Padre, diciendo: Escucha a mi amado Hijo; estas fueron palabras inefables y absolutamente inexpresables en el lenguaje humano. Pablo no podía revelarlas a nadie, porque nadie las habría entendido. Lo mismo ocurre con las almas que están en el paraíso con Jesús. Nuestra curiosidad no encuentra alimento en la Palabra sobre ellos; las cosas que escuchan no son de nuestro dominio.

## 8 - El paraíso no es la gloria

Nótese de nuevo que el paraíso no es la gloria. Sin duda la gloria está allí, ya que Cristo está allí, pero nosotros mismos solo podemos entrar en la gloria que como seres completos y definitivos, cuerpo y alma reunidos, y no en un estado intermedio. La gloria es comúnmente mal concebida como un lugar. La gloria es una manifestación. Es la totalidad de las perfecciones divinas –majestad, magnificencia, sabiduría, verdad, poder, santidad, justicia, amor– puestas en evidencia. Contemplaremos en Cristo la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuera, y que recibió de Él como hombre glorificado; pero cuando seamos como Cristo, seremos partícipes de su gloria, y también se manifestará en nosotros ([Juan 17:22, 24](#)). El paraíso, entonces, no es la gloria, sino un lugar invisible de deleite.

## 9 - Reconocer a los que hemos conocido y que han muerto

Los cristianos hablan mucho de reconocer en el cielo a los que les han dejado. No lo dudo, pero reconoceremos igualmente a quienes no hemos conocido aquí en la tierra. Así, los discípulos reconocen a Moisés y a Elías en el monte santo, apareciendo en la gloria, mientras que ellos solo están ocupados en hablar con Jesús. Pero si se nos dice muy poco acerca de reunirnos con los que hemos amado después de nuestro desprendimiento (2 Sam. 12:23), se nos dice, no que ellos hayan ido antes que nosotros, sino que nosotros no iremos antes que ellos cuando nosotros, los vivos transmutados, seamos arrebatados junto con nuestros seres queridos, resucitados de entre los muertos, para encontrarnos con el Señor en el aire.

En un momento todos los santos se reunirán con Él, siendo llevados en un abrir y cerrar de ojos (1 Cor. 15; 1 Tes. 4). Los vínculos y los afectos, tal como los hemos conocido en la tierra, no tienen lugar en la gloria. El mismo amor, el mismo pensamiento, concentrado en un mismo objeto, se ha apoderado de todos los poderes, de todas las aspiraciones de nuestro ser. El que conoce poco al Salvador puede imaginar que encontrará temas más interesantes que Él. El cristiano inteligente sabe que Jesús llena el tercer cielo con su presencia, al igual que el templo se llenó una vez con las prendas de su manto ante el profeta (Is. 6:1). Ahora bien, «Estas cosas dijo Isaías porque vio su gloria y habló de él» (Juan 12:41).

## 10 - Lo más importante en el cielo

Sin duda, el cielo contiene muchos objetos diferentes, cuya enumeración sería interminable si se quisiera contarlos. Los capítulos 2 al 5 y 19 al 22 del Apocalipsis los enumeran en símbolos, sin agotarlos. Debemos buscar las cosas invisibles que están arriba, que solo los ojos de la fe pueden distinguir (2 Cor. 4:18). Debemos pensar en estas cosas y no en las que están en la tierra (Col. 3:2).

Pero recordemos que la Palabra de Dios las resume en una sola palabra, cuando dice: «Las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios» (Col. 3:1).

Tal es la ocupación de las almas desalojadas, tal será la ocupación eterna de todos los redimidos, resucitados y glorificados, reunidos en perfecta unidad de amor y alabanza en torno a su Salvador.

Cristianos, ¡no dejéis que nadie os distraiga de pensar solo en él!